

**Sábado XXXII del TO
Ciclo B**



16 de noviembre de 2034

3Jn 5-8

Sal 111

Lc 18, 1-8

P. Eduardo Suanzes, msps

Estamos ante una parábola que puede inducir a engaño¹, por cuanto, en una lectura literal de la misma, se equipararía a Dios con un juez «*al que no le importan los hombres*», y al que parece que hay que "conquistar" a fuerza de insistencia, hasta que, por hartazgo, se decide a intervenir. Si seguimos por este camino de interpretación, propio de una mentalidad que concibe a Dios como un tótem mágico, crearemos entonces que podemos cambiar el actuar de Dios con nuestra oración. Un Dios impasible que ve la injusticia sin hacer nada y que solo actúa cuando oramos mucho pidiéndola, más por cansancio que por otra cosa.

Esta idea de Dios se ha grabado extensamente en el imaginario colectivo, y que ha sido alimentado por no pocas predicaciones y teologías. La imagen de Dios como "señor todopoderoso", ególatra y celoso, juez impasible y castigador, ha dominado no pocas conciencias que han crecido bajo el peso de la culpa y del temor. Es increíble la cantidad de gente buena que viene a confesarse y teme ir al infierno (y te pregunta) por haber hecho esta o esta otra tontería: ¡y te lo preguntan con angustia!

Pues bien, frente a tales imágenes divinas, es necesario rebelarse con contundencia: un tal Dios no es digno de fe. No se puede creer en un Dios que sería peor que nosotros: insensible ante la necesidad humana y capaz de condenar a alguien por toda la eternidad.

Un tal Dios es solo un invento de la mente, sostenido por el miedo y la debilidad humana, que ha creído esos mensajes culpabilizadores como provenientes de la misma divinidad (y, por tanto, "palabra de Dios").

Esta parábola solo puede entenderse adecuadamente si la leemos como una parábola de contraste. Es decir, la imagen del juez sería justo lo opuesto al comportamiento de Dios. De modo que, si hasta un juez inhumano es capaz de ceder ante la petición de la mujer, cuánto más Dios –que es todo lo opuesto– estará siempre a nuestro favor, incluso ***aunque no le pidamos nada.***

Con esta clave, la parábola puede ser asumida desde la perspectiva de Jesús, que anunciaba a Dios como Gracia y Compasión.

Pero sigo preguntándome por qué, entre las personas religiosas, hay tantas que defienden aquella imagen de Dios como juez severo. Más allá de la formación recibida, me parece

¹ Cfr. ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO. *El Dios pensado, el Dios hallado*. En www.feadulta.com

intuir que se trata, simplemente, de una proyección (inconsciente) de la propia "severidad", que es frecuente entre quienes viven una religiosidad exigente, basada en la idea del mérito y de la "perfección".

Además hay otro punto de vista que tenemos que ver en la parábola.² Si observamos el contenido del relato y la conclusión del mismo Jesús, vemos que la clave de la parábola es la sed de justicia. Hasta cuatro veces se repite la expresión «*hacer justicia*». Más que modelo de oración, la viuda del relato es ejemplo admirable de lucha por la justicia en medio de una sociedad corrupta que abusa de los más débiles.

El primer personaje de la parábola es un juez que «*ni teme a Dios ni le importan los hombres*». Es la encarnación exacta de la corrupción que denuncian repetidamente los profetas: los poderosos no temen la justicia de Dios y no respetan la dignidad ni los derechos de los pobres. No son casos aislados. Los profetas denuncian la corrupción del sistema judicial en Israel y la estructura machista de aquella sociedad patriarcal.

El segundo personaje es una viuda indefensa en medio de una sociedad injusta. Por una parte, vive sufriendo los atropellos de un «*adversario*» más poderoso que ella. Por otra, es víctima de un juez al que no le importa en absoluto su persona ni su sufrimiento. Así viven millones de mujeres de todos los tiempos en la mayoría de los pueblos.

En la conclusión de la parábola, Jesús no habla de la oración. Antes que nada, pide confianza en la justicia de Dios: «*¿No hará Dios justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?*». Estos elegidos no son "los miembros de la Iglesia" sino los pobres de todos los pueblos que claman pidiendo justicia. De ellos es el reino de Dios.

Luego, Jesús hace una pregunta que es todo un desafío para sus discípulos: «*Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?*». No está pensando en la fe como adhesión doctrinal, sino en la fe que alienta la actuación de la viuda, modelo de indignación, resistencia activa y coraje para reclamar justicia a los corruptos.

² JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *¿Seguimos creyendo en la justicia?*. En www.feadulta.com